

El mundo sonríe

● *Graham Greene: VIAJES CON MI Tía*. Editorial Sur, Buenos Aires, 1970, 318 pp.

DE nuevo Graham Greene, ahora con su dacha veteranía y su facilidad infalible, a lo que agrega una amabilidad, una condescendiente sabiduría y, por lo tanto, un humor que arrasa con todo como sin quererlo. Episodios como el de la iglesia para perros, o el de las peripecias de una urna funeraria, son servidos con una efectividad al parecer displicente, pero agotando con precisión y legítimo regocijo la materia que utiliza. Se trata de una novela con argumento, y muy adecuadamente urdido, aunque se destiñe algo al final. Que le concede al lector su buena cuota de diversión, pero que le propone también, sin que se advierta mucho, toda una filosofía. Se vale de un personaje inocuo, algo lelo, buen tipo, bancario retirado, cultivador de dalias, tal vez por inodoras y, naturalmente, misógino sin problemas. Y hace irrumpir en su vida una anciana que se niega a serlo, dinámica, libérrima e ilegal —o más bien alegal— al cien por ciento. El contraste de esa convivencia da pie a situaciones de acierto indefectible; el anodino bancario mezcla su benevolente ingenuidad con la despampanante franqueza de la "tía", y componen juntos un itinerario que incluye materialmente Italia, Constantinopla y Paraguay, pero que se nos va revelando como si fuera hacia Damasco. Una vida gris, perdida en sí misma, se abre en efecto al mundo a un optimismo que está cerca de ser trascendental. No necesita el autor recurrir ya a su vieja obsesión de alto nivel por el mal y la condenación. Parece haber aprendido que lo más profundo de los problemas está, si se mira bien, en la superficie, como si de tanto buscar "el revés de la trama" hubiese advertido que la solución está en el revés del re-



vés, es decir que no había necesidad en realidad de tantas vueltas. Adiós pues a aquel tono solemne y a aquellos personajes que no daban un paso sin interpelar a Dios de apuro, a aquel Scobie que vivía así con el Jesús en la boca, tal vez por la sencilla razón —según lo expresaba el propio autor— de que el único a quien amaba era a él mismo. En esta novela, más terrenal y, sin embargo, muy discretamente celestial, Dios sólo asoma al final y desde lejos. Al autor le bastan en efecto dos sencillos versos de Browning, con los que cierra la novela:

"Dios está en su cielo:
¡El mundo sonríe!"

He aquí, en suma, un novelista que demuestra que se puede entretener sin que eso signifique que se tenga forzosamente que dejar de lado todo que verdaderamente importe.

WASHINGTON LOCKHART